

¿Recuerdas?

Antonio Gálvez Ronceros

¿Recuerdas al perro que pedía limosna con un letrerito de cartón que decía CIEGO, y delante del perro había en el piso un tarrito de lata para que echaran las monedas? ¿Recuerdas que lo hacía sentado en la acera de esa calle adoquinada que llamaban Del Rosario, el lomo hacia la pared y el letrerito prendido a la altura del pecho en una especie de capa muy holgada pero rigurosamente cerrada por un rosario delantero de botones, y esa capa, que de largo le quedaba con una demasía que reposaba en el piso, se extendía desde el extremo superior del pescuezo, donde estaba ceñida por una atadura, de modo que era imposible que le vieran el pescuezo, el cuerpo y las patas, recuerdas? ¿Recuerdas que el perro tenía puesto, además, un sombrero muy trajinado que le ocultaba el cráneo y las orejas, uno de esos sombreros de paño descoloridos y deformes que llaman sombreros de loco porque en la mayoría de los casos se ven en la cabeza de vagabundos abandonados por la razón, recuerdas? ¿Recuerdas que sus ojos permanecían ocultos detrás de unos lentes oscuros, casi negros, y que una chalina ancha impedía con varias vueltas que la nariz y el hocico estuvieran a la vista? ¿Recuerdas que el perro no era ciego y la gente creía que el ciego era su dueño, un viejito de cuerpo chiquito y cabeza grande parecido

a un muñeco, por lo menos con ciento veinte años de edad en el rostro abatido de arrugas y a quien la carga de tantos años, según creíamos, le había achicado el cuerpo, recuerdas? ¿Recuerdas que poco después de las ocho de la mañana de todos los días el viejito y su perro salían de la campiña y aparecían por el lado oeste de la ciudad en la calle Los Ciruelos, esa calle de tierra polvorienta que estaba cerca del gran mercado de abastos, el viejito llevando puestos la capa con el letrerito prendido, el sombrero de loco, los lentes y la chalina, aunque esta le cubría solo el cuello, en la mano derecha un palo a guisa de bastón que usaba para avanzar a tientas como si fuera un ciego, dando pasos tan chiquitos que parecía estar inmóvil o que demoraría un siglo en llegar adonde iba, y el perro por delante, sujeto del pescuezo por una cuerda cuyo extremo cogía con la otra mano el viejito, recuerdas? ¿Recuerdas que cierta vez, cuando iban por la calle Los Ciruelos, el viejito dio un salto y se detuvo, ¡pero qué es esto, Samuel!, dijo, ¿acaso me quieres matar?, y estaba muy pálido y su voz era más grande que él, y nosotros creímos que hablaba consigo mismo porque quizá los años ya empezaban a extraviarle el pensamiento, aunque con gran retraso, y que tal vez era sordo y creía que tenía que oírse usando tamaño vozarrón, pero el perro se detuvo al instante, alzó las orejas, levantó bruscamente la cabeza y se volvió a mirar al viejito, el hocico abierto y la mirada confundida como si no entendiera, fíjate por dónde me estabas llevando, Samuel, ¡directo hacia ese huecazo!, ¿acaso te has vuelto ciego?, y entonces nos dimos cuenta de que le hablaba al perro, y el perro le entendía porque, haciendo de los ojos dos pelotas, el animal estiró el pescuezo hacia adelante, hacia donde en efecto había una fosa lo suficientemente grande y profunda como para tragarse a veinte viejitos juntos y una cantidad igual de perros, y volvió la mirada hacia el viejito y se notó que el perro estaba avergonzado, el pescuezo contraído de tal manera que el perro parecía un perro muy raro, un perro sin pescuezo, y luego, reaccionando con un vivo movimiento, le reapareció el pescuezo y reanudó la marcha apartándose de la dirección que llevaba, recuerdas? ¿Recuerdas que saliendo de Los Ciruelos entraban en la calle Del Rosario, esa calle transversal donde moría Los Ciruelos y por donde gran parte del día mucha gente iba y venía

del gran mercado de abastos, y entonces el viejito y el perro se instalaban en un lugar de una de las aceras de esa calle, y el lugar siempre era el mismo, el viejito sentado en el piso, no había duda de que con las piernas recogidas dentro de la capa, la espalda vuelta hacia la pared, la chalina subida para que le ocultara la boca y la nariz, y el perro acurrucado a su lado, recuerdas? ¿Recuerdas que ahí permanecían varias horas mientras la calle se iba vaciando de transeúntes, y aproximadamente a la una de la tarde, cuando casi toda la ciudad se hallaba almorzando en sus casas y el resto lo hacía en los restaurantes, ahora te toca a ti, mi querido Samuel, decía el viejito, y miraba calle arriba y calle abajo y si no había extraños se despojaba con mucha rapidez del sombrero de loco, los lentes, la chalina y la capa, dejando ver una abultada bolsa de tela colgada del hombro, y en seguida le quitaba al perro la cuerda del pescuezo, la guardaba en un bolsillo del pantalón y hacía sentar al perro de lomo hacia la pared, y en esa posición el perro tenía la misma estatura que el viejito sentado, y procedía a vestirlo con no menos rapidez, procurando que la chalina le cubriera con varias vueltas la nariz y el hocico, recuerdas? ¿Recuerdas que después el viejito cogía el tarrito, se guardaba en una faltriquera las monedas que pudiera haber en él y devolvía el tarrito al piso, voy a traerte el almuerzo, mi querido Samuel, y entonces se veía moverse por un instante la chalina a la altura del hocico, como si el perro hubiese hecho una mueca cuyo significado el viejito parecía entender a juzgar por lo que replicaba de inmediato: tú no comprendes, mi querido Samuel, para ti la vida solo es comer y dormir, pero para mí es además un trago al día, como si la mueca hubiera sido de reprobación: ya vas a buscarte el trago, viejo borracho, recuerdas? ¿Recuerdas que luego el viejito, con la bolsa colgada del hombro pero sin llevarse el palo que le servía de bastón, iniciaba a lo largo de la acera una caminata de pasos increíblemente diferentes, esta vez más largos y firmes de lo acostumbrado, hacia el lado de los restaurantes y tabernas que había en las inmediaciones del mercado, y el perro se quedaba inmóvil como si fuera un perro de yeso, aunque la comparación es un puro decir porque nadie iba a creer que lo que ahí se veía era un perro, como quedaba demostrado a veces con algún transeúnte tardío que se detenía para arrojar alguna

moneda: ese perro malagradecido se ha largado dejando solito al viejito ciego sin importarle que algún perverso le robe sus limosnas con tarrito y todo, este pobre viejito que además debe de estar resfriado y se ha subido la chalina para no morir de frío, y el tono era de amarga indignación, ¡cómo se ve que los tiempos han cambiado, ya no son los tiempos en que el mejor amigo del hombre era el perro, ahora ya no se puede creer en nada!, y nosotros, oyendo estas cosas, imaginábamos que el perro debía de estar hirviendo por dentro, diciéndose el que se ha largado es el viejo borracho, no yo, que estoy aquí, se ha largado como lo hace todos los días a esta hora para arrimarse su tragazo de aguardiente aprovechando que tiene que almorzar y traerme un poco de comida, así que fíjese bien en lo que usted dice, que las apariencias engañan, y más bien eche usted de una vez algo en el tarro, que para eso he quedado aquí disfrazado de viejo que no ve, recuerdas? ¿Recuerdas que más o menos una hora después de su partida se veía al viejito regresando a trancos largos y seguros como si no fuera viejo, lo que nos hacía sospechar que lo hacía para que se pensara que era otro viejito, no el viejito que pedía limosna, recuerdas? ¿Recuerdas que al llegar junto al perro miraba a uno y otro lado de la calle y, ¿cómo te fue, mi querido Samuel?, soltaba ya seguro de que nadie más había en las inmediaciones, y en seguida tomaba en las manos el tarrito y si en él veía flacas monedas en flaca cantidad o no veía nada se lamentaba: yo no sé, mi querido Samuel, qué será de ti el día en que por desgracia te vuelvas ciego, y entonces, viendo que la chalina se movía ahí en donde el perro tenía el hocico, se apresuraba a añadir: sí, sí, mi querido Samuel, ya lo sé, como si hubiera creído que ese movimiento había querido decir: fíjate bien en lo que dices, viejo borracho, que tú tampoco eres ciego, y luego el viejito descolgaba del hombro y ponía en el piso la abultada bolsa y estiraba las manos para despojar al perro del atuendo de mendigo ciego, recuerdas? ¿Recuerdas que a veces esto no era posible de inmediato porque el viejito, al darse cuenta de que la chalina se movía insistentemente por el lado del hocico, retiraba con rapidez las manos y rastreaba disimuladamente con los ojos hasta localizar al transeúnte que se acercaba, como si el perro acabara de prevenirlo mediante ese movimiento de chalina: espera, viejo borra-

cho, que hay moros en la costa, y entonces el viejito, inclinándose sobre el tarrito, simulaba depositar una moneda y luego se apartaba y empezaba a alejarse por la acera con pasos francos y estirados como cualquier transeúnte, posiblemente confiado, según sospechábamos nosotros, en que la figura de un anciano que no necesita de bastón ni perro para conducirse por la calle porque sus ojos no están muertos ni decrepito su cuerpo, impediría de buenas a primeras ligarla a la de un ciego limosnero, recuerdas? ¿Recuerdas que luego al perderse de vista el transeúnte, el viejito volvía y se entregaba con rapidez a dejar libre del atuendo al perro y a disfrazarse de inmediato, la chalina embozada para no desentonar con el modo como la había tenido el perro, y entonces extraía de la bolsa un cacharro lleno de comida, frijoles con arroz y pescado frito, tu plato preferido, mi querido Samuel, que el perro se ponía a devorar mientras el viejito, reclinado de espaldas en la pared, parecía dormitar, y luego el perro, tras acabar la comida, se echaba al lado del viejito y cerraba los ojos, pero de inmediato los abría, levantaba la cabeza y miraba con fijeza hacia la oscuridad de los lentes, no estoy dormido, mi querido Samuel, así que puedes dormir que no he olvidado que tienes que descansar, como si con esa mirada tan fija le hubiera recordado: no te muevas, viejo borracho, que el que va a dormir soy yo, y el perro volvía a cerrar los ojos y el viejito asomaba una mano por debajo de la capa y una y otra vez se la pasaba suavemente por el lomo, y el perro, mientras se iba adormeciendo, hacía palpar de vez en cuando la cola, complacido, hasta quedar inmovilizado por el sueño, y después, cerca de las cuatro de la tarde, el viejito, que había permanecido vigilante, despertaba al perro, ya es hora de ir a casa, mi querido Samuel, y entonces se marchaban, recuerdas? ¿Recuerdas que algunas tardes, mientras el viejito tenía puesto el atuendo de mendigo, el perro, después de comer, permanecía parado, veo, mi querido Samuel, que no tienes ganas de dormir, y entonces el viejito estiraba las piernas, ven, vamos a jugar, y el perro se acercaba batiendo la cola y se tendía patas arriba en el regazo del viejito y se quedaba inmóvil, el hocico abierto como si riera en silencio, y entonces el viejito con los dedos de una mano le recorría rápidamente, en un ir y venir, las costillas de un costado y el perro, alborotado, al tiempo que

iniciaba una incesante cadena de gruñidos que se oían como si estuviera haciendo gárgaras, intentaba atraparlo con el hocico la mano, y el viejito llevaba la mano hacia el otro costado, y el hocico la perseguía y a veces la atrapaba pero con una blanda presión de los dientes para no hacer daño, y el juego se prolongaba con los gruñidos de falsa amenaza y de pronto cesaba, y el perro quedaba quieto sobre el regazo y ahí se dormía con las patas arriba, recuerdas? ¿Recuerdas que para nosotros estaba claro que para mostrarse como un mendigo ciego al viejito le hubieran bastado los lentes oscuros, pero que había agregado el sombrero, la chalina y la capa con su letrerito a fin de que el perro pudiera reemplazarlo y que con el propósito de que esto fuera posible era necesario que la gente supiera que con ese atuendo unas veces el viejito se mostraba con la cara descubierta y otras veces embozado con la chalina, y en ambos casos con los lentes, de manera que el perro bajo la segunda de estas apariencias hiciera creer a la gente que siempre era el viejito quien ahí estaba, recuerdas? ¿Recuerdas que cuando poco después del mediodía llegaba el momento en que el viejito debía marcharse a almorzar, beber su diaria copa de aguardiente y regresar con la comida para el perro, observábamos que no siempre dejaba al animal disfrazado de mendigo ciego, solo lo hacía algunas veces y nosotros creíamos que posiblemente ello se debía al temor del viejito a que en su ausencia se descubriera la verdad y el pobre animal fuera brutalmente maltratado y que las pocas veces en que dejaba al perro disfrazado era porque las limosnas escaseaban drásticamente o las que se daban eran muy raquíticas, recuerdas? ¿Recuerdas que en los días en que no disfrazaba al perro el viejito se despojaba del disfraz y lo ocultaba en la bolsa que le colgaba del hombro y en la que guardaba el cacharro destinado a la comida del perro, recuerdas? ¿Y recuerdas esa tarde en que todo este asunto del viejito y su perro mendicantes sufrió un peligrosísimo bache por culpa de una mujer borracha, una mujer desgreñada que andaba metida en tabernas letales bebiendo de igual a igual con alcohólicos sin retorno, conocida también por su estruendo de garganta y su inclinación al altercado, dueña de un vocabulario capaz de descalabrar el oído más avezado, recuerdas? ¿Recuerdas qué ocurrió cuando el viejito se había ido a almorzar y a trasegarse su adorable

copa de aguardiente y a traerle comida al perro y este se había quedado solo, ahí en la acera, con la capa cubriéndole el pescuezo, el cuerpo y las patas, con el sombrero de loco ocultándole el cráneo y las orejas, con los lentes oscuros ante los ojos y con la chalina impidiendo verle la nariz y el hocico, recuerdas? ¿Recuerdas, por lo que luego ocurrió, que dedujimos que en algún momento la mujer borracha debió de haber visto el traslado del atuendo de mendigo ciego del viejito al perro y esperó astuta y malignamente que el perro disfrazado se quedara solo, recuerdas? ¿Recuerdas que la borracha, señalando desde el centro de la calzada al embozado limosnero, se puso a gritar como una loca rabiosa: ¡ese es un perro!, ¡ese es un perro!, ¡ese es un perro!, y no tenía cuándo callarse como si le hubieran dado cuerda con una manija cargada de veneno, y entonces se abrieron muchas puertas y salieron y se acercaron los vecinos, y otros hombres y mujeres fueron acudiendo desde lugares distantes, y todos, formando tumultos detrás y a uno y otro lado de la borracha, de manera que el espacio entre ella y el embozado mendigo quedara libre, se pusieron a trasladar la mirada desde la borracha hasta el embozado mendigo y luego desde este hasta la borracha y así sucesivamente, como si esperasen de la mujer o del embozado mendigo alguna explicación que les permitiera entender lo que ahí estaba sucediendo, recuerdas? ¿Recuerdas que a todo esto el perro disfrazado ni se movía, y nosotros pensamos que debía de estar sintiéndose muy mal y hasta imaginamos lo que estaría pensando: esta borrachosa, ¡ay!, conseguirá que le crean, pues veo que ya los está enfureciendo, y en cualquier momento, ¡ay!, se me arrojarán encima y no podré escapar porque con este trapo que me tiene encerrado desde el pescuezo hasta el suelo, las patas se me enredarán y yo no llegaré a dar siquiera un salto, y entonces, ¡ay!, les bastará con que me quiten este sombrero de loco para saber que lo que dice la borracha es cierto, y luego querrán saber, ¡ay!, el paradero del viejo y, postergando con mucha rabia las ganas de matarme de inmediato, me lo preguntarán, y ante esta boca sellada no faltará algún boquiche que les diga dónde encontrarlo, y allá se irán, y darán con él, y se lo llevarán a la comisaría, y en el camino se darán cuenta de que de pronto ha dejado de ser ciego, y se lo llevarán más rápido, y al saberse en la comisaría que

el viejo tiene ciento veinte años de edad le darán ciento veinte años de cárcel, pero a mí ya me habrán dado muerte, que a nadie se le ocurre llevar perros a la comisaría, y yo que pensaba vivir los años que tiene encima el viejo, ¡ya me jodí!, recuerdas? ¿Recuerdas que de pronto se vio que la gente estaba enfurecida, pero contra lo que la borracha y el perro esperaban la gente se movió hacia ella, y los primeros hombres que la tuvieron al alcance la sujetaron de los brazos gritándole: ¡loca borracha, cómo se te ocurre tamaño insulto contra un pobre viejito que es ciego, la perra eres tú, maldita!, pero la rabia parecía haber cebado sobradamente a la mujer porque esta seguía gritando: ¡ese es un perro!, ¡ese es un perro!, ¡ese es un perro!, recuerdas? ¿Recuerdas que entonces alguien gritó ¡llamen a la policía!, y poco después llegaron corriendo, vara en mano, dos policías de uniforme en compañía de tres hombres que habían acudido a la comisaría, y los policías vieron que la mujer, dando continuamente violentas sacudidas de cuerpo para librarse de las manos que la sujetaban, de vez en cuando lograba dirigir la mirada hacia el embozado mendigo y con gran escándalo gritaba: ¡ese es un perro!, ¡ese es un perro!, ¡ese es un perro!, y los policías se le fueron encima y le adormecieron la lengua descargándole unos varazos en las piernas, y en seguida la tomaron de los brazos para llevársela a la comisaría, pero la borracha, tratando de tirarse al piso con todo el peso del cuerpo, empezó a resistirse mientras su lengua rabiosa volvía a ponerse en movimiento: ¡ese es un perro!, ¡ese es un perro!, ¡ese es un perro! y los policías tuvieron que llevársela a rastras, y entonces los vecinos dejaron de moverse y por un momento contemplaron en silencio al embozado mendigo, llenos de conmiseración, algunos con un brillo húmedo creciéndoles en los ojos, otros con lágrimas resbalándoles por las mejillas y luego se fueron acercando de uno en uno y cada cual fue depositando una moneda en el tarrito hasta que este quedó lleno y la calle vacía, y en el silencio tú y yo oímos que el perro disfrazado exhaló como un fuelle todo el aire contenido como si se hubiera dicho ¡casi me jodo!, recuerdas? ¿Recuerdas que el viejito, cuando al fin regresó y después de ver que no había extraños, se acercó, tanto han dejado, Samuel?, se extrañó de ver el tarrito rebosante de monedas, ¡ni que por aquí hubiera pasado la procesión del Cristo Cru-

cificado!, pero no: los días de la procesión están muy lejos, y quedó en silencio observando al perro como si esperase de él algún movimiento que lo condujera a alguna explicación, pero el perro permaneció quieto, ¿no dices nada?, como quieras, mi querido Samuel, esta vez nos iremos pronto, solo nos quedaremos un rato para que comas y duermas un poco, y se descolgó del hombro la bolsa, y sacó el cacharro de comida y lo puso en el piso, y luego cogió el tarrito y fue guardando las monedas en la faltriquera y devolvió el tarrito a su lugar, y entonces, viendo que no había extraños en la cercanía, despojó al perro del atuendo y se lo trasladó a su cuerpo, procurando que la chalina le ocultara la zona que iba desde la base del cuello hasta la nariz, y en seguida se sentó en la acera y apoyó la espalda en la pared y quedó en reposo, recuerdas? ¿Recuerdas que luego el perro ni siquiera olfateó la comida, y el viejito, extrañado, le dijo: ¿qué te pasa, Samuel?, y el perro hizo una mueca al parecer de desagrado y miró con ansiedad hacia un lugar de la calle, hacia donde desembocaba Los Ciruelos, y el viejito dijo: ah, te sientes mal de las tripas y quieres hacer tu necesidad, y siguió con la mirada el recorrido del perro hasta verlo entrar en Los Ciruelos, recuerdas? ¿Recuerdas que habiendo quedado solo el viejito, reapareció por la calle la mujer borracha en compañía de los mismos policías que se la habían llevado, y la borracha venía diciendo con gran estruendo: ¡es un perro!, ¡es un perro!, ¡es un perro!, y volvieron a abrirse las puertas de la vecindad y a salir sus moradores y a sumarse al trío, y al parecer no comprendían el porqué de la reaparición de la mujer ni el hecho insólito de que avanzara con mucha soberbia por el centro de la calzada flanqueada por quienes no hacía mucho la habían arrastrado a la comisaría y ahora parecían consentirle todo, y al llegar ante el embozado la borracha se plantó aproximadamente a tres metros de la acera, los policías a uno y otro lado de ella y el tumulto desparramado detrás y a los costados, y en el silencio que se hizo se oían mucho más venenosas las palabras de la borracha, y entonces tú y yo estuvimos de acuerdo en que estaba claro que en la comisaría la borracha debió de haber explicado en detalle lo que había visto como para poner en toda la delegación policial por lo menos la duda, y que seguramente el comisario había ordenado a los dos policías

que volvieran a la calle Del Rosario y verificaran la versión de la borracha, recuerdas? ¿Recuerdas que entonces los policías desenfundaron sus varas y empezaron a moverse hacia el embozado, pero ninguno delante del otro sino avanzando codo a codo como si ir delante fuera un suicidio: tener la prioridad en ser carneado por el perro, y avanzaban con pasos muy indecisos, como si no quisieran, pues avanzaban a trechos muy cortos y aun así arrastrando la planta de las botas como si temieran que en cualquier momento saltara de la capa un perro y les cayera encima, pero el embozado seguía inmóvil, y entonces los policías se detuvieron, quizás porque pensaban que el perro estaba esperando que se acercaran más para dar el salto y repartir entre ambos sus mordiscos, y tú y yo, al verlos detenidos, supusimos que estaban maldiciendo entre dientes a su comisario por haberles encomendado tan peligrosa misión, pero probablemente fue el temor al comisario lo que los impulsó a seguir avanzando, porque tal vez lo veían como a un perro más feroz que el que creían tener en frente, y la gente, que seguía creyendo que lo que escupía la lengua de la borracha era un insulto, empezó a murmurar, asombrada, ¿por qué esos policías están muy interesados en acercarse a quien se insulta con el vil calificativo de perro?, ¿por qué no se acercan a la muy borrachosa que es quien insulta?, ¿acaso se acercan al mendigo para preguntarle eres un perro?, esto no tiene sentido, tampoco lo tiene que se acerquen con tanto recelo, ¡ni que de perro de pura palabra hiriente el mendigo haya pasado a ser perro de cuatro patas, de los que ladran y muerden, esto es absurdo!, ¿recuerdas? ¿Recuerdas que entretanto los policías, que muy a su pesar habían seguido avanzando, llegaron a solo un paso del embozado y ahí se detuvieron, tensos, pálidos, temblorosos, la cara empapada de sudor, y por el tiempo ya muy prolongado que ahí permanecían sin movimiento alguno parecía que darían hacia atrás unos pasos muy disimulados para luego emprender a la carrera una huida cada vez más acelerada por el pavor, recuerdas? ¿Recuerdas que en lugar de eso se vio que una mano se estiró rauda desde uno de los policías hacia el embozado, lo despojó del sombrero y dejó al descubierto el cráneo escaso de pelos y encanecido del viejito, y entonces ambos policías, al punto que la sorpresa y el asombro les abrieron con

desmesura los ojos y la boca, dieron un salto hacia atrás como si el despojo hubiera puesto en marcha un instantáneo mecanismo de repulsión, recuerdas? ¿Recuerdas que desde la corta distancia en que quedaron del viejito estuvieron contemplando con enorme mirada a quien acababa de borrarles el perro que habían tenido en el cerebro a punto de arrojarse sobre ellos, recuerdas? ¿Recuerdas la mirada evasiva y hacia abajo que en seguida pusieron los policías como si estuvieran avergonzados y no pudieran soportar las miradas de los testigos de lo que acababa de ocurrir, recuerdas? ¿Recuerdas que después se vio que a los policías los labios se les fueron estirando hacia los lados hasta formar una mueca que acabó por distorsionarles la cara como la de los niños cuando creen estar a punto de recibir un castigo físico por haber cometido una grave falta, recuerdas? ¿Recuerdas que el viejito, que permanecía muy quieto, al fin se movió, sacó las manos de la capa y se quitó los lentes y luego se bajó la chalina hasta el cuello y, dirigiendo la cara de manera errática a varios lugares de lo alto como si fuera un ciego auténtico que por instinto trata de ubicar a quien él sabe que tiene cerca pero no puede ver, preguntó: ¿quién es el ratero que me ha robado el sombrero?, y entonces el policía que lo había hecho se dio cuenta de que aún seguía con el sombrero en la mano y de prisa se lo puso al viejito en la cabeza y entonces ambos policías empezaron a rogarle al viejito que los disculpara, y lo hacían con la mirada puesta en el suelo y moviendo a uno y otro lado la cabeza, recuerdas? ¿Recuerdas que luego los policías se enderezaron y voltearon hacia la mujer borracha, que había enmudecido y estaba pálida, y se fueron enfurecidos contra ella, pero antes que a ellos la furia se había apoderado de los demás, quienes ya estaban rodeando a la borracha con intención de castigarla, y los policías tuvieron entonces que dejar su furia y corrieron a rescatarla y para ello comenzaron a dar de varazos a diestra y siniestra y se formó una bola de gente que rodaba por un lado y por otro, de la que finalmente salieron los policías arrastrando a la mujer y se alejaron con ella a la carrera, y de vez en cuando le descargaban algunos varazos, no se sabía si para que mantuviera la misma velocidad con que ellos se alejaban o si lo hacían para castigarla por el gran chasco que acababan de llevarse por culpa de ella, recuerdas? ¿Re-

cuerdas que entonces ocurrió lo mismo que hacía poco había ocurrido con el perro disfrazado de mendigo: la vecindad, nuevamente conmovida, fue depositando monedas en el tarrito hasta dejarlo rebosante, recuerdas? ¿Recuerdas que entonces tú y yo estuvimos de acuerdo en que con eso era posible que el viejito se pudiera explicar el porqué de que el tarrito estuviera lleno de monedas cuando él regresó esa misma tarde con la comida para el perro y por qué este no había querido probarla y había preferido alejarse un rato de su lugar habitual, recuerdas? ¿Recuerdas que en esos tiempos tú tenías diez años de edad y yo doce, y vivíamos en la calle Del Rosario, y el viejito y su perro solían sentarse en frente de nuestra casa, al otro lado de la calzada, en la acera de enfrente, y nuestra puerta era vieja, con rajaduras y huecos por donde espíamos al viejito y a su perro, aunque había veces en que salíamos a jugar y andábamos gran parte del día en ese sector de la calle Del Rosario y la calle de la vuelta, Los Ciruelos, y nadie parecía reparar en nuestra existencia, ni siquiera el viejito y su perro, a pesar de que tenían suficientes motivos para cuidarse de ojos ajenos, y todo ello porque los adultos no toman en cuenta a los niños, recuerdas? ¿Recuerdas que desde aquel día de la mujer borracha, el viejito y su perro no regresaron más y tampoco se les volvió a ver en la ciudad, y nosotros quedamos convencidos de que con lo ocurrido aquella tarde el viejito posiblemente comprendió que era peligroso seguir buscándose la vida mendigando en la localidad y se marchó con el perro a otra ciudad, recuerdas? ¿Recuerdas que esa misma tarde, cuando el perro volvió, el viejito le dijo: Samuel, vámonos pronto a casa, y ya no podemos volver, tú sabes por qué, recuerdas? ¿Y recuerdas que andando los años no dejábamos de recordarlos y nos imaginábamos que seguían haciendo en otra ciudad lo que la vida les había enseñado para sobrevivir y que posiblemente el viejito viviría aún muchos años y su perro también, pero había momentos en que nos entristecía la idea de que el viejito tuviera que morir, porque entonces el perro no tendría a nadie que lo disfrazara de mendigo para poder sobrevivir y tendría que pasarse la vida deambulando por las calles de las afueras de alguna ciudad hostil en busca de algún alimento, como los seres abandonados por la fortuna o por la razón, recuerdas?